

## Vengarle...



Érase una vez un enfermero loco de amor. Dicen que dicen que a veces, le explotaba el cuerpo de tanta felicidad. No quería hacerle demasiado caso a aquellos que proclamaban que el estar enamorado, era exagerar las diferencias entre una mujer y otra. Érase tan loco, pero tan loco, que apenas si me acuerdo... En realidad - voy a confesarlo -, ese loco, tan loco, fui yo mismo...

Esa mañana me miré al espejo y me llamaron la atención, mis ojos. Estaban llenos de un cansancio triste. Quizá estaba cansado de enfrentar con demasiada osadía los problemas que me acechaban, detrás de cada prójimo. Quizá me cansé de luchar y luchar contra esa moral, que me impedía hacer el bien. Desde muy chico aprendí a educarme solo y ahora que estoy viejo, me doy cuenta que he vivido luchando por no perder lo que he logrado. Y todo eso, me ha cansado... y mucho.

Y me largo a caminar por las calles de una ciudad podrida, destruida por el tedio de la paz. Espacios vacíos que cambian con las luces y ni siquiera te dejan bañarte, en el sereno lago que se vacía de su inmensa soledad. Mes de mayo de amarillos marrones que algunos llaman otoño. Busco mirar de verdad, concentrado en lo esencial y procurando no llenarme de falsedades y mentiras. Pero me falta tu recuerdo, casi borrado en el tanto tiempo que ha pasado...

En silencio, solo espero lo que espero. Cuando le falta la pena a los delitos, le falta el bozal a ese perro malvado, que deambula por la calle entre nosotros. ¿Desde cuando la pena es inmoral? Tergiversando la verdad solo se obtiene el vacío de la más amarga soledad, aunque a nadie le importe demasiado. Esa bestia que anida en el pecho de un humano, fue la sierpe venenosa que apagó por siempre, el eco de las risas de mi amada.

Y un día lo vi caminando por la calle, en libertad... libre, muy libre. Recién salido de la cárcel, al cumplir la mitad de la mitad de su condena. Entre la gente caminaba y caminaba, por las calles donde ella y yo, solíamos reír.

Hasta me parece verlo, ahora... Cada diez pasos se detiene y mira al cielo, respira hondo, estira sus brazos, relajando el cuerpo. En mi bolsillo me pesa la justicia. Es un largo tubo negro, que ordena una corte marcial de balas amarillas. Mi cuerpo me transpira, mi corazón anda a los tumbos, el aire desfila en mi nariz, raspándome por dentro con su frío. Solo a diez centímetros, del centro de su cráneo...

Serenidad de mujer sin obligaciones, en una tarde de verano en que se aburría su alegría mientras yo estaba de guardia en el hospital. Salio a pasear. Como buscando recargarse de energía y evitando esos ambientes, que te empujan para atrás. Y la maldad se hizo saeta. No sé si fue un asalto, una emoción o una locura, pero una bala le estalló, en la misma cabeza

que una noche antes, yo le había acariciado con mi mejor ternura. Y hubo un hilo de su vida que se voló hasta el azul del cielo, que se abrió en su misma nada, para que ella la llenara de ella misma... Me pregunto si ahora seré capaz de apagarle la vida, al que le apagó la suya, al que me arrebató la mujer que tanto amé.

Nunca maté a nadie... Se me seca la boca. Siento un vacío enorme en las paredes de mi estomago. Valentía del cobarde que no puede hacer justicia. La sangre de mi amada me implora una venganza, desde el fondo de la tierra que hoy la acuna.

Todo se compra y todo se vende, en este mercado de caridades falsas, que solo te mejoran el regateo del marketing. ¿Cuanto dura un minuto? ¿Cuanto duran veinte años? Tu, mi único amor, que me miras desde el cielo... y empiezas por esfumarte en mis recuerdos, hasta de mi cabeza. Mientras el que fuera tu asesino, empieza hoy a repensar su vida y hasta es seguro, que buscará otra arma, para amargar a otros... Mi mano temblorosa sale armada del bolsillo. Él, esta apoyado sobre el tronco de un grueso eucalipto, mientras lo toca y lo mira como si fuese un niño... Mi mano aprisiona por fin a la pistola con su silenciador, que extiende mi venganza hasta más allá de mi valor. Seis centímetros y un solo movimiento de mi dedo, que pondrá para siempre en su lugar a la injusticia de los hombres. En la mira está el centro de su negra cabellera. Ni se mueve, esta muy quieto... y solo falta que mi cerebro se decida.

Recuerdo que cayó al suelo muy despacio. Sus piernas se aflojaron. Ni siquiera supo quien le disparó. Nadie se dio cuenta, hasta después de un largo rato. Hasta parecía que dormía.

Fue un crimen perfecto, aunque no se haya muerto. Al principio, creyeron que fue alguien de una banda de ladrones. Y sin embargo, hoy siento culpa. Siento culpa por haberme entregado a la policía y a mi mismo. Por eso digo que me he caído solo, en este negro pozo, oscurísimo, y del cual no puedo ya salir.

Me preocupo mucho más del grano que ha quedado en mi cabeza, que del terremoto en Java. Las urgencias cotidianas me alejan del pensar en soluciones de un carácter global y universal, y me quedo mirando al cielo casi negro de las noches. El cielo sereno, sin nubes, sin estrellas y sin pájaros, al final es mi condena. Hacer visible lo que estaba tan oculto, solo puso en evidencia la injusticia de los hombres. La verdad que me asalta hoy a la cara, es consecuencia de haber roto aquello que tomé por lo normal.

Y a pesar de todo, sigo en este pozo, plétórico de libros y libros que compré para leer y que nunca más habré de hacerlo. Pan y mate es lo único que calma a mi estomago vacío; más, no pueden darme. Mi cama es un revoltijo de trapos, sábanas y ropa sucia, que mientras me quede quieto, algo me abrigará. El gato de papel, cansado del hambre y del ayuno, se ha marchado. Al espejo lo he tirado a la basura, para que no me devuelva el tormento innecesario de volver a ver mi rostro de asesino vengador.

Después de ella, los amores que me amaron, ya han pasado; el teléfono duerme en un eterno sueño y mis amigos, por fin entendieron que no los quiero cerca. Solo quiero que a la distancia, ellos sigan siendo mis amigos. El celador que me guarda vigilante, pensará que estoy muy loco...

Nado sumergido en lo profundo de este pozo, conciente de que ningún esfuerzo de venganza, vale por si mismo la culpa que te deja. Amar, estudiar, comer en banquetes y bailar, donde tantos zombis se divierten y buscan no pensar, es querer negar la amarga senectud, las carnes que se caen. Es querer ignorar la estrepitosa caída silenciosa entre las charcas del pozo tan negro y con un fondo del que nadie, sabe como es.

El pasado es la verdad; la historia, solo es lo que te cuentan. En los comienzos del comienzo, nada había. La pasión volvió a morir y quisiera no volverla a ver. Que el fuego purifique lo que el agua ni la sangre, asfixiaron todavía.

Por fin estoy saliendo después de veinte años, de la cárcel y psiquiátrico a los que me condenaron por vengarme. Camino por la calle y alguien, me persigue. Me doy vuelta y no lo veo, pero sé que está. Estoy apoyado sobre el tronco de un grueso eucalipto, mientras lo toco y lo miro como si fuese un niño...

Dicen que dicen, que dicen. Que caí al suelo muy despacio. Mis piernas se aflojaron. Ni siquiera supe quien me disparó. Nadie se dio cuenta hasta después de un largo rato. Hasta parecía que dormía.

Alguien dijo que la maté, para evitar que fuese de otro... Pero no la maté por eso. La maté por cosas que un caballero se reserva solo para él...Y no intenté suicidarme. Quise matarme por haberla matado. Simplemente me quise vengar de mi mismo, por haber ajusticiado a la que tanto amé.

*... Fin...*